

PROBLEMAS DE INTEGRACIÓN SOCIAL, MATERIAL Y SIMBÓLICA EN EL ESCENARIO LATINOAMERICANO DE CRECIENTE GLOBALIZACIÓN

Martín Hopenhayn
COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA. CEPAL

Mil entradas puede tener la reflexión que une la globalización al individuo: impotencia del sujeto ante un orden que lo rebasa; nuevas formas de autorrealización por vía del éxtasis comunicacional; paso de la interlocución presencial al diálogo a distancia como expediente cotidiano de vínculo con el otro; nuevas formas de individualidad en la dinámica de flujos y redes; el conflicto cultural como nuevo "punto focal" en la agonística que une la conciencia personal con la planetaria; la despolitización del individuo corriente y su reclusión en funciones de mercado y productividad; pérdida de memoria histórica y destreza en manejo de la anticipación; más plasticidad de espíritu y a la vez más inconsistencia valórica. Las asociaciones posibles dan para todo y cada una de ellas es tema de una discusión que no se agota.

Quisiera hurgar en un par de puntos que pueden motivar el diálogo. Primero, en el impacto violento que la globalización hegemónica ejerce sobre los modos en que articulamos nuestra integración simbólica con nuestro bienestar material (y con ello, fractura de la imagen clásica de modernización en la conciencia del individuo). Segundo, considera algunos impactos de la dimensión *mass-mediatizada* y *mass-mestizada* que la globalización ejerce sobre el individuo, tratando de rescatar allí nuevas pistas para el desarrollo de la subjetividad.

Quisiera partir señalando que, hoy día, uno de los supuestos cuestionados y cuya impugnación intimida con más fuerza, es el de la integración social. A nadie le parece ni evidente ni probable que dicha integración advenga como efecto virtuoso de la modernización. La ruptura de esta ecuación puede descomponerse analíticamente en varios aspectos, a saber:

- Pasamos de la esperanza de la integración por vía de la urbanización (transición demográfica por movilidad geográfica y concentración del trabajo moderno), al desastre psicosocial, material y ecológico de las megalópolis. Si la ciudad prometía ser el lugar en que grandes masas de población marginada encontrarían acceso a servicios, vivienda,

educación, salud y empleo moderno, hoy día la megalópolis nos acosa con grados incontrolables de inseguridad física, informalidad laboral, caos ambiental y una deteriorada calidad de vida. El lugar soñado de la integración deviene el lugar de mayor segmentación.

- Pasamos del acceso progresivo a ocupaciones modernas a la explosión de la informalidad laboral. Desde hace ya veinte años la literatura sociológica nos inunda con alarmantes datos sobre los porcentajes de trabajadores informales en América Latina. La promesa que unía, en una ecuación feliz, mayor educación, mayor industrialización, mayor dinamismo interno de las economías, mayor movilidad ocupacional, mejores ingresos, más bienestar e integración social, aparece roto por aquello que Prebisch llamó insuficiencias dinámicas del capitalismo periférico. El resultado son las masas de población activa, pero no "moderna", cuya integración orgánica al mundo laboral es todo menos orgánica.
- Otro desplazamiento es el que padecen las grandes masas de jóvenes y que se conoce como crisis de expectativas. Conviven, en una peligrosa combinación, los grandes saltos en educación con los altos índices de desempleo y mal-empleo juvenil. De la promesa de la movilidad social a la amenaza del desempleo: si la educación ha sido el canal para canalizar expectativas por vía de la posterior movilidad social y las altas tasas de retorno a la formación de capital humano, las altas tasas de desempleo juvenil (que duplican o triplican las tasas de desempleo medio) son la mejor forma de frustrar expectativas y precipitar procesos de descomposición social.
- Otra fisura de la integración social puede ilustrarse en el contraste entre una imagen históricamente internalizada, de signo positivo, donde los beneficios del progreso parecían encaminarse hacia una distribución positiva, versus una realidad que día a día se orienta en el sentido contrario (de distribución regresiva de los ingresos y los frutos del crecimiento).
- También pasamos de la idea de un mercado interno que obra benéficamente y constituye un mecanismo central (y focal) de integración social, a los hechos consumados de una apertura externa que asociamos a mayor segmentación y fragmentación.
- Por último, pasamos de la movilización social por vía de la política (utopía de la izquierda) a la desmovilización social por vía del mercado y de la reclusión en la vida privada (con descrédito de toda utopía).

Me gustaría finalmente agregar una consideración que a nosotros, militantes de la clase media, nos toca de manera más directa, y que podemos formular del siguiente modo: *cuánto más nos desarrollamos, más crítica se vuelve nuestra calidad de vida*. En otras palabras, se rompe la ecuación clásica que unía modernización, desarrollo y calidad de vida. La progresiva frecuencia de catástrofes ambientales y psicosociales en nuestras ciudades hace que los términos de *modernización* y de *calidad de vida* parezcan cada vez menos armonizables en las evaluaciones silenciosas que hacemos todos. Se invierte la ecuación histórica en que el mejoramiento de la calidad de vida aparecía como una variable dependiente-positiva del proceso de modernización.

Hace algunas décadas identificábamos la modernización con una suerte de dinámica expansiva que permitiría, con sus costos y sacrificios, aumentar el acceso colectivo a la satisfacción de necesidades básicas: más empleo moderno, mejores ingresos, más acceso a bienes y servicios, tasas crecientes de escolaridad, mejor atención de la salud para toda la población de la ciudad, mayor cobertura de la seguridad social y perspectivas de mejoramiento de viviendas y asentamientos humanos. Pero, la frecuencia y gravedad de catástrofes ambientales, los costos sociales provocados por el nuevo patrón de economías abiertas y el desgaste nervioso que acarrea la vida humana en medio de la modernidad, acaban por destruir esta correlación positiva entre modernización y calidad de vida. Cada vez más, la noción de *calidad de vida* se hace menos reducible a tasas de escolaridad, expectativa de vida al nacer o reducción de tasas de mortalidad infantil y se extiende a dimensiones de fuerte acento territorial, ambiental y psicosocial. La catástrofe desplaza la calidad de vida hacia otros objetos: nuestro aire, nuestro ritmo de vida, nuestra proximidad o distancia con la naturaleza, nuestro arraigo en la historia.

II

Las últimas dos décadas registran un ritmo vertiginoso de avances del conocimiento científico y tecnológico, particularmente en el campo de las comunicaciones, la microelectrónica, la biotecnología y la creación de nuevos materiales. El impacto de estos avances ha generado un nuevo paradigma productivo cuyo eje es el conocimiento y la innovación, desde el cual se reconfiguran las formas en que se organiza la actividad económica. Estos cambios constituyen los cimientos de un proceso creciente de globalización de la economía, de impulso al comercio internacional y de un fuerte protagonismo de las empresas transnacionales. Nos encontramos con la aparición de un mundo único, de un espacio económico global, escenario de una competitividad global en la cual cada vez más se perfila la posesión de la información, el conocimiento y el desarrollo de la innovación como las claves para un desarrollo exitoso.

La globalización, en la forma que se despliega de manera hegemónica, pone en tela de juicio la imagen clásica de integración social. En la medida en que dicha globalización impacta sobre las sociedades nacionales exacerbando simultáneamente su segmentación social y su apertura comunicacional, altera fuertemente expectativas y patrones de comportamiento. El individuo medio de una sociedad periférica se ve obligado a disociar entre un amplio menú de consumo simbólico y otro, mucho más restringido, de acceso al progreso material y a una mayor participación en la carreta del progreso. La ecuación de la síntesis debe recomponerse en la cabeza de la gran mayoría de latinoamericanos que se tragó el cuento de la modernización con *happy end* incluido. Por ningún lado asoma ahora esa síntesis, que se esperaba obtener de la modernización clásica, entre integración material (vía redistribución de los beneficios del crecimiento) e integración simbólica (por vía de la política y de la educación). Asistimos más bien a una caricatura, con un portentoso desarrollo de opciones de gratificación simbólica por vía de la apertura comunicacional, y una concentración creciente de los beneficios económicos de la apertura externa en pocas manos. Para los demás, las manos vacías y los ojos colmados con imágenes del mundo.

Llama la atención esta asincronía entre una tendencia más lenta en los procesos de integración socio-económica (lentitud que se asocia a la persistencia de un patrón concentrador en los beneficios del crecimiento económico), y una tendencia más intensiva de integración en el nivel simbólico-cultural (por efecto de la apertura política democrática y de la difusión del consumo cultural). Históricamente, los mitos del desarrollo y la modernización, hasta la década de los 70, asociaban estrechamente la integración simbólica y la material. El acceso a vivienda, empleo moderno con ingresos crecientes, servicios de salud e infraestructura urbana, se asociaba a mayor movilización social, participación política, interconexión cultural y educación formal. Este vínculo claro en el imaginario del desarrollo hoy día está roto, y sus efectos sobre los niveles de integración y descomposición social son inciertos.

El "joven-tipo" de sectores populares parece hoy día condenado a esta disociación. Pero no sólo existe esa brecha entre consumo material y consumo simbólico, sino también otra al interior del consumo simbólico. Esto es evidente en la brecha social en el acceso oportuno a una oferta educativa de calidad, y a conocimientos y destrezas que facilitan la incorporación al trabajo y al intercambio social del futuro. Esto lleva a que los jóvenes urbanos de pocos recursos ven pasar la integración por la vereda de enfrente. No acceden a buenos trabajos, pero sí acceden al discurso que pregunta las virtudes del crecimiento económico, las bondades del salto educativo ad portas, el salto a la modernidad del país. Brecha que no se salda entre el discurso del modelo y la forma como éste se plasma en la vida cotidiana.

La brecha entre integración simbólica y material (y la segmentación en la propia integración simbólica) explica una profunda *crisis de expectativas en los jóvenes urbanos populares*. Conviven, en una peligrosa combinación, los grandes saltos históricos en grados de escolaridad, con los altos índices de desempleo y mal-empleo juvenil. De la promesa de la movilidad social a la amenaza del desempleo: si la educación ha servido para canalizar expectativas por vía de la posterior movilidad social y las altas tasas de retorno a la formación de capital humano, las altas tasas de desempleo juvenil (que duplican o triplican las tasas de desempleo medio) son la mejor forma de frustrar expectativas y precipitar procesos de descomposición social.

Los jóvenes urbanos son los que más interiorizan las promesas y las aspiraciones promovidas por los medios de comunicación de masas, la escuela y la política, pero no acceden a la movilidad y al consumo contenidos en ellas. En síntesis, estos jóvenes padecen una combinación explosiva: mayores dificultades para incorporarse al mercado laboral de acuerdo con sus niveles educativos; un previo proceso de educación y culturización en que han introyectado el *potencial económico* de la propia formación, desmentido luego cuando entran con pocas posibilidades al mercado del trabajo; mayor acceso a información y estímulo en relación a nuevos y variados bienes y servicios a los que no pueden acceder y que, a su vez, se constituyen para ellos en símbolos de movilidad social; una clara observación de cómo otros acceden a estos bienes en un esquema que no les parece meritocrático; y todo esto en un momento histórico, a escala global, donde no son muy claras las "reglas del juego limpio" para acceder a los beneficios del progreso. No es casual, pues, que tanto la violencia política como la violencia delictiva de muchas de las ciudades latinoamericanas tenga a jóvenes desempleados o mal empleados por protagonistas.

Los jóvenes de escasas oportunidades sienten que la sociedad no valora su potencial humano. Esta desvalorización pueden deducirla de la brecha entre oportunidades de inserción productiva y acumulación de capital humano. Pero también la pueden percibir desde una injusta distribución de los beneficios del crecimiento. Esta estructura distributiva, particularmente regresiva en Chile, tiene historia. Pero hoy día agrega un elemento inquietante: el advenimiento de la democracia y el final de la dictadura fue asimilado por la juventud como una inflexión no sólo de apertura política, sino también de giro en la distribución del progreso, de *mayor socialización del protagonismo en la productividad, en el bienestar, en las decisiones y en el consumo*. La persistencia de la inequidad pese a seis años de democracia tiene un efecto corrosivo sobre todo en este grupo poblacional que más padece la brecha de expectativas. Que la democracia consagre un patrón inequitativo, históricamente asociado a la

dictadura o a la derecha política y económica, es un factor de pérdida de cohesión social en torno al "consenso" de la democracia actual.

A esto se agrega un elemento adicional, a saber, la idea de que la historia hace pagar altos costos en tiempos de crisis, pero no distribuye las compensaciones en tiempos de auge. En efecto, para el caso latinoamericano, "el examen de las tendencias más recientes revela que en la región los períodos de recuperación del crecimiento se han caracterizado por una gran rigidez en la distribución del ingreso, lo que ha impedido que los frutos de ese avance compensen la situación relativa de los diversos estratos de población cuya participación se había reducido durante los años ochenta" (CEPAL, 1995)¹. *Tenemos, pues, un alto costo social regresivo en tiempos de crisis, y una posterior rigidez distributiva en tiempos de auge.*

A la vez que la integración social-material parece agotar todos sus viejos recursos, nuevos ímpetus de integración simbólica irrumpen desde la industria cultural, la democracia política y los nuevos movimientos sociales. Llámese intercomunicación a distancia, apertura de espacios públicos, autodeterminación de sujetos sociales, lo cierto es que parecieran darse de maneras muy diversas nuevas formas de integración simbólica. La globalización pone también aquí su decálogo: respeto a las diferencias, democracia institucional, vigencia de derechos políticos fundamentales y conexión con la pantalla.

Sin embargo, la integración simbólica, a la vez que crece en sus posibilidades, se ve erosionada por la segmentación en el acceso. Si bien el floreciente complejo cultural industrial parece prometer nuevos ímpetus de integración simbólica, éstos se estrellan contra el muro opaco de la falta de integración social. El acceso segmentado a nuevos avances de la industria de comunicación e información mantiene a gran parte de la sociedad en una posición de rezago relativo, con el riesgo de ver ensanchadas las distancias en niveles de productividad, acceso a nuevos mercados y desarrollo de las facultades adaptativas. De una parte, el abaratamiento de nuevos bienes y servicios de la industria cultural, y su ductilidad para penetrar en distintos ambientes socioculturales, se levanta como una promesa de mayor integración. Pero, por otra parte, las nuevas formas de analfabetismo cibernético se ciernen como una amenaza sobre los amplios contingentes de latinoamericanos que no acceden a ninguna forma de informatización. Queda por ver qué ocurre en otros campos de integración simbólica, como las tan referidas nuevas formas de producir y recibir conocimientos y de nuclearse con los pares.

¹En este subcapítulo sobre distribución del ingreso nos basamos en las pp. 27-34 de dicho documento.

En el campo de la transmisión de saberes, asistimos a una mayor diversificación en el acceso a la educación y el conocimiento, lo que permite soñar con la utopía de *para cada cual, el modelo de aprendizaje que desea; y de cada cual, el conocimiento que logra codificar*. Pero, esta nueva forma de canalizar las pulsiones individuales en formas socialmente reconocidas se estrella contra otro muro que crece día a día: el de la estratificación social de la calidad de la educación. Hay tanto más para aprender y formas tan novedosas de hacerlo, pero la incorporación de esta vorágine en el sistema de transmisión social de conocimientos se hace de manera estratificada.

Paradoja de la globalización: crecen las brechas sociales y también las redes. Las sociedades se fragmentan, pero a la vez se enriquecen con la diversidad. Conviven la concentración del ingreso y de la productividad, con nuevos movimientos sociales y de auto-afirmación cultural en la base del tejido social. Suben los puntos en la integración simbólica mientras la desintegración material es un escándalo. Tal vez el escándalo no se traduce en grandes movilizaciones sociales, precisamente porque la gente encuentra sucedáneo en los canales de integración simbólica. Tesis plausible, aunque sólo sea conjetal.

La globalización nos plantea serios problemas de conciliación, agudiza lo que Alain Touraine señala como gran problema y desafío de la modernidad hoy, a saber, la tensión entre subjetividad y racionalización. Esta tensión tiene muchas facetas. En la política, tensión entre la estandarización de las fórmulas de inserción global (ajuste, dolarización, reducción del Estado social, privatización y reconversión productiva en el mejor de los casos) y la esperanza, nunca resignada, de idear proyectos propios de futuro para la sociedad nacional. En la economía, la tensión entre una racionalización competitiva cada vez mayor para acceder con ventajas en el concierto global y la necesidad de una solidaridad extendida que contrapesa los efectos concentradores de la apertura externa y del mercado. En la organización de la vida personal, la paradoja entre una exposición creciente a mensajes de los otros y la búsqueda de espacios de autonomía y expresión propia. En el acceso al conocimiento, la tensión entre la selectividad funcional y la aspiración a la creatividad. En el intercambio mass-mediático, cada vez, más diferenciación de oferta, pero también, cada vez más, "obesidad" por sobreabrumamiento de mensajes. Todo se expresa con la marca de la doble cara. En la era de la globalización la historia pide, más que nunca, conjugar los deseos subjetivos y los imperativos de la racionalización.

La concentración en el aula se tensa con la fuerza dispersora de los *multimedia*. Entre los integrados a la nueva ola, la diversificación de actividades e inversiones multiplica las redes de relaciones entre pares. Estas relaciones pueden ser provisorias y "tácticas" en un mundo que el propio protagonista define como un campo de cambios continuos. El sentido de la oportunidad se

agudiza más que nunca. Una voluntad de lucha, recubierta con el eufemismo de los "juegos", se despliega. Los movimientos de capitales se aceleran y el ojo debe ir a la velocidad de la mano. En el campo del consumo, los sectores altos interiorizan el mismo patrón de diversificación y aceleración. Para capitalizar la oferta de una gama creciente de bienes y servicios, hay que mantener la misma hiperkinesia en el consumo que en las inversiones. La vida entera se *racionaliza* para poblar lo cotidiano de múltiples efectos especiales: partidos de tenis, cursos de relajación, gimnasios con sofisticada tecnología, producción de videos caseros, juegos en la computadora, comunicación con redes internacionales a través de un terminal en el hogar, viajes virtuales o en paquetes y la inmortal televisión. La vida en la urbe se puebla de compensaciones, busca equilibrarse entre la intoxicación de su aire y el dinamismo de su desarrollo. Como si este equilibrio dinámico, o esta necesidad de encontrar un equilibrio de fuerzas regresivas y progresivas, obligara al individuo siempre a seguir moviéndose, avanzando, inventando. La inercia en la megalópolis latinoamericana tiende a la regresión: más contaminación, más densidad, más tráfico y más alienación. Para contrabalancearla, se necesita siempre más progreso, mayor energía en la fuga hacia adelante. Como una fábrica gigantesca, la aldea global sólo se muestra productiva cuando humea.

En este contexto hay más integración y también más desintegración. Se puede presumir un desplazamiento en las expectativas de integración social, que ya no se limita al acceso a bienes materiales o a servicios básicos, sino que incluye también el acceso de múltiples fuentes a información, conocimientos, decisiones, comunicación, representatividad política y visibilidad pública. Pero como dijimos, esta tendencia depende también de la distribución de los nuevos bienes y servicios de la industria cultural entre distintos segmentos socioeconómicos. Los niños y jóvenes "informatizados" son una minoría en América Latina: sea porque acceden a colegios de élite, sea porque forman parte de familias donde la computadora se ha incorporado a la vida de hogar, cuentan con una ventaja considerable respecto de tantos niños escolarizados que comparten, con suerte, un monitor para una aula entera. Esto redefine de manera inquietante el límite entre integrados y excluidos. El acceso segmentado a los nuevos bienes de comunicación e información mantiene, pues, a gran parte de la sociedad, en una posición muy marginal en materia de inserción laboral, acceso a nuevos mercados y desarrollo de las facultades de la inteligencia.

Una cosa es navegar por Internet en el barrio alto, otra es vivir sumido en la pasta base de cocaína en los barrios bajos. En ambos casos el individuo encuentra formas inéditas de viajar: fuga hacia el mundo distante, o hacia los mundos internos donde nadie entra. Curiosamente, ambos son efectos de la globalización: más acceso a interlocución y también a intoxicación. La droga no viene por casualidad. La exclusión social, la tensión de la ciudad, la pérdida de

sentido colectivo en un dinamismo modernizador que promueve el individualismo, son caldo de cultivo para incorporar la resaca del mercado en los enclaves que están fuera de la carreta del progreso. Drogas finas en el mundo de los ricos, veneno puro en el mundo de los pobres. Las riquezas livianas conviven con las pobrezas duras, pero no se mezclan.

III

Otro factor que puede explicar la sintomatología de la disrupción y falta de cohesión social es el de la desmotivación política y el acceso desigual al ejercicio de la ciudadanía. Ambos fenómenos merecen consideración específica.

La *desmotivación política* tiene una dimensión "epocal" y otra más contingencial. La primera tiene relación con el colapso de los proyectos socialistas y, con ello, del mito del Gran Cambio Social. Este colapso produce una cierta orfandad existencial, en la medida que impide la plena identificación del individuo con la colectividad, del sujeto con el movimiento de la historia, del joven con un ideal encarnado. El mentado fin de las ideologías lo es en este sentido: como ausencia de perspectiva de "redención" personal en un movimiento revolucionario, o ausencia de "contextualización" del proyecto personal en un proyecto nacional. Esto es especialmente crítico para la juventud popular urbana, por las siguientes razones. Primero, porque es la juventud la fase etaria en que se definen proyectos y se agudiza la pregunta por el sentido vital y horizonte temporal de la vida personal; segundo, porque es la juventud popular la que percibe menores alternativas de desarrollo individual frente a sus contemporáneos y, por lo tanto, requiere de mayor proyección simbólica; tercero, porque en el mundo urbano (en contraste con el rural) son más débiles los lazos "pre-modernos", menos nítidos los valores de referencia y los mecanismos de pertenencia. De esta manera, la actual política no da respuesta ni relevo al "hueco vital" que dejó la pérdida de proyectos anteriores que, mal que mal, gozaban de mayor fuerza movilizadora, de identificación, de " fusión", de promesas de protagonismo heroico, etc. El sesgo pragmático, administrativo y muy "statu quo", que la juventud popular le atribuye al actual modelo y a la forma vigente de hacer política, refuerza este desencantamiento.

La desmovilización política también tiene su dimensión contingencial, referida en puntos anteriores. Recuérdese que el retorno a la democracia se asoció no sólo a la libertad política, sino también a una vaga idea de mayor justicia social, desmentida luego por la persistencia de una mala distribución del ingreso. La percepción que pueden tener los jóvenes populares de que sigue siendo un grupo social el que se enriquece y que lo hace de modo cada vez más intenso, no deja ileso el juicio sobre la política. Mal que mal, la política aparece

hoy como funcional a este patrón de acceso tan segmentado a los beneficios del modelo. Es probable que para muchos que no acceden a nuevos beneficios (o que acceden a un ritmo muy inferior), el discurso político se parece cada vez más al discurso empresarial: exaltación del Chile "dinámico", conquistador de mercados, renovador de su estructura productiva, dotado de un nuevo espíritu emprendedor.

La ciudadanía segmentada es otro fenómeno que puede generar disrupción. ¿A qué se refiere esta segmentación?

En primer lugar, a las limitaciones del "concertacionismo" cuando se trata de incorporar a una mesa de diálogo público a los sectores que no "agregan" sus demandas. Si el retorno y la institucionalización de la democracia han girado, semántica y valóricamente, en torno a la idea de una concertación ampliada, esto contrasta con la falta de presencia pública y de acceso a decisiones de una parte importante de la población. Ni la descentralización, ni la reapertura parlamentaria han podido paliar este problema. Para muchos, los alcances de la concertación resultan inciertos cuando se trata de incorporar las demandas de los excluidos a la negociación. La triple condición de marginalidad económica, territorial y política de los excluidos, los condena a permanecer dispersos y atomizados. Su incorporación a los mecanismos de concertación obliga a crear nuevos canales de representación y nuevas formas de articulación entre el sistema político y el llamado "mundo popular". Estos canales deben también construirse en un tiempo político oportuno, vale decir, antes de que el desgaste producido por la falta de acceso a una ciudadanía real, lleve a los grupos excluidos a buscar expedientes fuera de la institucionalidad democrática y de la legalidad.

En este contexto es frecuente encontrar en la juventud popular urbana expresiones que aluden a su condición de exclusión respecto al juego de la concertación, la negociación política, la presencia pública en el procesamiento de demandas. Perciben que el modelo vigente de concertación no los incluye, no recoge sus inquietudes, no procesa sus deseos y sus necesidades. Esto lleva a una contra-reacción que es la de impermeabilizarse a la política (el "no estoy ni ahí"), protegerse contra quienes no los protegen. La indiferencia aquí debe entenderse como impugnación, interpelación, advertencia. El mensaje implícito es la protesta por un acceso muy desigual a los espacios de negociación, conversación y decisión.

En segundo lugar, debe tomarse en cuenta que la ciudadanía está en pleno proceso de redefinición en sociedades de "información", de "gestión" y de "informatización". No es ya sólo cuestión de disponer de derechos políticos, sino también de participar en condiciones de mayor equidad en el intercambio

comunicativo, en el consumo cultural, en el manejo de la información y en el acceso a los espacios públicos. Un *ciudadano* en una sociedad de la información y de la gestión, es aquél que dispone de conocimientos y de bienes necesarios para participar como *actor* en los flujos de información y en procesos de gestión.

Para esto se precisan activos que las personas tendrán que adquirir mediante distintas fuentes de producción/difusión de conocimientos: deben poder expresar sus demandas y opiniones en los medios de comunicación de masas y aprovechar la creciente flexibilidad de los mismos; manejar los códigos y las destrezas cognoscitivas de la vida moderna para adquirir información estratégica en función de proyectos propios y para recrear dichos proyectos; manejar las posibilidades comunicativas y el ejercicio de derechos para defender sus diferencias culturales y desarrollar sus identidades de grupo o de territorio; y tener la capacidad organizativa y de gestión para adaptarse a situaciones de creciente flexibilización en el trabajo y en la vida cotidiana y hacer respetar socialmente sus proyectos vitales. Junto a la demanda de vivienda, de atención en salud y de diversificación del consumo, se agrega con especial fuerza la demanda de información, de conocimientos útiles, de transparencia en las decisiones, de mejor comunicación en la empresa y en la sociedad y de mecanismos de visibilidad pública e interlocución con otros.

En este nuevo campo de ejercicio de la ciudadanía, el protagonismo está segmentado según la disposición de destrezas (conocimientos y técnicas), de bienes y de servicios (acceso a redes, flujos, proyectos "competitivos", etc.). Una vez más, los jóvenes urbanos de bajos ingresos se encuentran allí en una posición de claro rezago relativo. Su *producción de subjetividad* no encuentra correlato en los circuitos en que se produce información, se consagran los mensajes y se atienden las propuestas.

En tercer lugar, la ciudadanía segmentada está en estrecha relación con un acceso muy desigual a la justicia. El problema tiene múltiples facetas: la falta de confianza ciudadana en organismos de justicia, de protección y de seguridad; las deterioradas condiciones carcelarias y demoras de procesos penales; la falta de acceso a una defensa justa en personas de bajos ingresos y, en muchos casos, la permanencia de personas bajo arresto por la postergación de sus procesos; y la percepción de impunidad que la ciudadanía tiene respecto de algunos sectores cuyos delitos van desde la violación de los derechos humanos hasta la corrupción y el narcotráfico.

Esto constituye un problema de magnitud creciente y cuya consecuencia más nefasta y explosiva es la propia deslegitimación del sistema judicial y de protección ciudadana. La falta de confianza en el sistema de justicia y seguridad alienta conductas anómalas y corroe el sistema de valores compartidos que toda

comunidad requiere para su convivencia. Construir y profundizar esa confianza requiere de un sistema judicial transparente, justo y eficaz; un sistema de seguridad que inspire protección y respeto a la integridad física de las personas; y un sistema penal que impida tanto la impunidad como la degradación moral de las personas.

En esto también la juventud popular urbana constituye una población especialmente vulnerable. Variables de edad, de sociabilidad y de precariedad en acceso a la justicia los llevan a percibirse como ciudadanos de tercera y cuarta categoría. Una reacción que tarde o temprano surge allí es el escepticismo respecto a la ecuanimidad del sistema judicial, con las consiguientes conductas que se desprenden de esto: transgresión a la ley, búsqueda de "atajos" al margen para procurar lo que se requiere, re-socialización en la cultura del delito, asumir la justicia en las propias manos, etc. Es claro el efecto disruptivo que tiene este aspecto de la ciudadanía segmentada.

IV

La globalización tiende a la des-identidad, a la des-habitación, a des-singularizar a sus habitantes. Espacios y símbolos de la estética postmoderna anulan la ciudad, la reconstruyen clínicamente, en maqueta y en versión ascética, la hacen perfectamente ubicua, situable en cualquier punto del planeta. La globalización parece asociada a una explosión expresiva, pero al poco rato toda expresión parece nacida de la misma mecánica combinatoria. Todo escaparate es parte de un menú previsto, pieza de un *zapping*. El nuevo centro comercial es una epifanía secularizada pero que a la vez niega toda posible revelación de sentido: su irrupción modifica y anula todo. Es parte del mosaico, pero también es la gran metáfora de una cultura que ha erradicado la convicción de los sentidos en aras de la obesidad de los significantes. También el local público de *video-games* es parte y metáfora. Allí la narración ha quedado vaciada para hacer posible el titilar puro del simulacro y la textura. Las modas y los objetos privilegiados de consumo son otra metáfora. Fundan una mezcla de obsolescencia acelerada y combinatoria irrestricta. El mercado asegura facilidad de identificación simbólica con sus productos; pero este apego es tan fugaz que se requiere mucho dinero para saltar de una satisfacción simbólica a otra.

Como en el *zapping* televisivo, la ciudad tiene esta combinación de velocidad y disolución. El *video-game*, el *zapping*, el *shopping* y el consumo febril han sepultado el silencio y la pausa, elementos sutiles que tanta intensidad dispensaron al arte moderno (pensemos en Miles Davis, Antonioni, Bergman, John Cage, etc.). La vida en la ciudad pretende mostrar un mundo lleno de

matices, pero confunde el matiz con el brillo. La música disco primero, tecno después: sacrificio de la cadencia por el hiperritmo programado. La creatividad musical se confunde con la repetición de estructuras; se habla de creativos y se denota a los publicistas. Finalmente la inmortal televisión que mezcla la democracia informativa con el fetiche de los ídolos, donde coexiste el pluralismo de actores con el totalitarismo publicitario. Absoluta familiaridad de lo público, pero también absoluta reclusión del intercambio en los espacios cerrados. Como el mercado, la televisión pareciera poner todo al alcance y vista de todos; pero el mercado es absolutista, por cuanto se reserva una mecánica *discrecional de consagración* de los productos y un peaje de ingreso que sólo las minorías transnacionalizadas pueden pagar.

No hay identidades que resistan incólumes más de unas horas ante la fuerza de estímulos que provienen de todos los rincones del planeta por vía de una gama creciente de fuentes informativas. La estética del collage y del pastiche, tan cara a la sensibilidad postmoderna, no es casual: constituye una metáfora de esta condición de continua recomposición de sensibilidades y mensajes culturales. Epítetos como *hibridez* y *sincretismo* se hacen cada vez más frecuentes en el análisis de los procesos culturales actuales. No hay, en este sentido, ni un límite claro para hablar de la industria cultural, ni una frontera para delimitar identidades culturales. Es en esta dinámica de *disipación de fronteras* que cabe situarse para entender, tanto los procesos culturales, como su estrecha articulación con la "extroversión comunicativa" que provee el complejo de *mass-media* en su versión globalizada.

Frente a estas dinámicas, la producción de sentido colectivo en los jóvenes es una caja negra, o al menos una caja de pandora. Puede, por ejemplo, desembocar en un atrincheramiento cultural y valórico que adquiere rasgos mesiánicos de distinto tipo: movimientos escatológicos de izquierda y movimientos neofascistas de derecha, probablemente marginales y sin perspectiva de alterar el patrón de desarrollo capitalista, pero con efectos disruptivos en el orden público y en la seguridad ciudadana; grupos esotéricos cerrados que objetan en bloque todo lo que huele a modernidad y progreso; cruzadas de "purificación" con distintos códigos morales que se lanzan al terrorismo espiritualista y/o grupos de fans de estrellas de rock que promueven un culto satánico (a lo Iron Maiden) o una ascepsia militante (tipo Michael Jackson).

Un fuerte móvil para ello es la pertenencia a un grupo en el cual el grado de identificación colectiva es acentuado: ante la falta de proyectos colectivos y de motivación política, la pertenencia orgánica a un movimiento neo-tribal o de valores fuertes podrá servir como estrategia de identidad social para millones de jóvenes huérfanos de un relato integrador. Los jóvenes tienden a buscar una

visión de mundo reconciliada con un proyecto personal de vida. La identificación sin reservas a una utopía escatológica podrá operar como forma de *inclusión en la dispersión*. Los mismos sedimentos mesiánicos y redentoristas que quedaron dispersos con el derrumbe de las imágenes de emancipación de masas, con la rutinización de la política, con la persistencia de grados importantes de exclusión social y con la tendencia ritualizante en el consumo, podrán ser caldo de cultivo para la aparición de sucedáneos de identidad para la juventud que tiene la identidad segmentada.

Pero en las antípodas del *atrincheramiento neotribal* está el efecto de dispersión que impone la cultura publicitaria. En el campo de los mercados culturales y de la cultura del mercado, asistimos a un espectáculo incesante: infatigable secuencia de siluetas, figuraciones, recombinaciones hipercreativas. Los mercados culturales todo lo convierten en imagen, combinación, silueta o figura. El placer del espectáculo se impone sobre la pesantez de la vida cotidiana pero a la vez se niega a sí mismo por su rutinización que lo consagra y disminuye a la vez. Para algunos, sano contingencialismo después de tantas décadas de ideología pesada. Para otros, la banalidad enfermiza que resulta de la pérdida de valores de referencia.

V

Esta sensibilidad "light" se estrella, empero, con el muro opaco del descontento social, coexiste sin diluirse con los jóvenes "duros" de las ciudades latinoamericanas. La juventud popular urbana difícilmente puede aceptar la suave cadencia postmoderna desde su tremenda crisis de expectativas. Es esta juventud quien más interioriza las promesas y las aspiraciones promovidas por los medios de comunicación de masas, la escuela y la política, pero no accede a la movilidad y al consumo contenidos en ellas. Así, estos jóvenes padecen una combinación explosiva: mayores dificultades para incorporarse al mercado laboral de acuerdo con sus niveles educativos; un previo proceso de educación y culturización en que han introyectado el *potencial económico* de la propia formación, desmentido luego cuando entran con pocas posibilidades al mercado de trabajo; mayor acceso a información y estímulo en relación a nuevos y variados bienes y servicios a los que no pueden acceder y que, a su vez, se constituyen para ellos en símbolos de movilidad social; una clara observación de cómo otros acceden a estos bienes en un esquema que no les parece meritocrático y todo esto en un momento histórico, a escala global, donde no son muy claras las *reglas del juego limpio* para acceder a los beneficios del progreso. No es casual, pues, que tanto la violencia política como la violencia delictiva de muchas de las ciudades latinoamericanas tenga a jóvenes desempleados o mal empleados como protagonistas.

En este contexto de exclusión, se busca crear identidades grupales, fusionarse en intersticios y márgenes, revertir la naturaleza del sistema por los bordes, los huecos, las transgresiones cómplices y casi tribales. Las nuevas formas del paganismo buscan el mal en este último sentido, como *rebasamiento* del control y de la identidad, inundación de la subjetividad en una fusión neotribal o en el olvido extático de sí mismo: drogas, barras bravas en los estadios, recitales de música progresiva. La exclusión se convierte en transgresión, en espasmo, combina la gigantesca oferta de los mercados culturales con un impulso endógeno hacia la impugnación. ¿Qué se impugna? La racionalización de la vida moderna, el disciplinamiento en el trabajo y la regimentación del cuerpo. Amor libre o erotismo furioso, baile sin reglas, música sin armonía o la recurrente desnivelación del alma: en todas estas manifestaciones recurre un cierto impulso pagano -la salida del cauce, la *desmesura* que alivia del tenaz esfuerzo por contenernos en una imagen funcional del yo-. Sobre estas pulsiones se construyen identidades frágiles, fugaces, cambiantes.

La fusión neotribal vuelve con otro sentido, como repulsa y protesta contra un orden que prescribe la identificación con el *statu quo*, pero también como experiencia expansiva en esa misma protesta. El rechazo de los límites consiste menos en una invocación crítica que en un gesto afirmativo que se justifica por el rebasamiento que provoca en su artífice. El recurso a la transgresión implica otra propuesta contestaria: la distancia crítica se revierte en efusividad del desborde. No importa la falta de agudeza siempre que el derrame emocional sea una evidencia experiencial más que una propuesta, y que la transgresión sea afirmativa por la irrecusable explosión que provoca en la subjetividad. Importa menos su duración que su vibración, y menos sus encadenamientos hacia adelante que su recurrencia espasmódica (su eterno retorno). La proliferación de tribus urbanas es sintomática. Rock, fiesta improvisada, encuentro esotérico, manifestación espontánea o barras de fútbol, grupos anfetaminizados o canabizados, danzas terapéuticas, constituyen balbuceos tribales por cuyo expediente se busca este coqueteo con lo no domado: como rebasamiento y fusión en el rebasamiento, auto-disolución o fiesta dionisíaca en la que convive la alienación del yo con la liberación del yo. La droga también expresa esta rebelión contra la autocontención gregaria. Nuevo panteísmo urbano-moderno, despoblado de dioses pero hiperpoblado por energías, nuevo paganismo envasado en mil rituales que invitan a romper el tedio de la individualidad o el sopor de la consistencia.

¿Pero hay algo más, o el gesto se agota en este grito que mira hacia el cielo? Quizás el paganismo neotribal de nuestras ciudades responde todavía a una sed de utopías: voluntad micro-utópica que busca aglutinarse en tribus o pequeños grupos y quiere constituir imaginarios irreductibles a la lógica del mercado, al consenso de superestructura y a la racionalización del trabajo. Es

fusión, pero en la diferenciación: cada tribu lleva su inconfundible marca de repulsa y de rebasamiento, de concentración y fuga de energía; y cada ritual tiene un contenido específico que lo convierte en acto recurrente de diferenciación cuando congrega a su tribu. La voluntad neopagana vuelve en busca de una disolución que sea singular e intransferible a otras tribus u otros códigos de referencia, claramente distinta a la disolución estandarizada que opera en un creador de estética publicitaria, en el apostador en un hotel de Las Vegas o el orador del partido de masas. Si estas voces neotribales buscan el antagonismo o la incompatibilidad, no es por mera irracionalidad: la irreductibilidad a la razón es para ellos, de manera paradójica, la única forma productora de una historia propia, "principio vital de desunión" del que habla Baudrillard.

New Age, rockero, hooligan, no-blanco, rapero, salsero, chamán de ciudad, no-racional o no-productivo: no rompen el consenso político-institucional ni la racionalización productiva, pero sí revelan un *exterior* al interior del mundo que dicho consenso y racionalidad han construido y reproducen. Ese principio de des-unión es a la vez re-unión fuera de las rutinas de contención y operacionalización de la energía. Allí la vida vuelve siempre a manifestarse como discontinuidad, exceso de individuación o de disolución respecto de la norma gregaria, cambio de marcha en el continuum, juego de contrastes. Como extrañeza y vértigo, como desequilibrio o anomalía, estas formas del mal guardan una última relación parojoal con el sistema: lo preservan de la entropía de la hiperracionalización, permiten líneas de fuga, pero, a la vez, revelan sus límites y se rebasan en los intersticios.

VI

Por otro lado, vemos en el discurso de los políticos y de la "intelligenzia" (tecnócratas y científicos), un intento balbuceante por retomar cierta imagen utópica de integración simbólica y material, ahora por la vía del acceso al conocimiento. ¿Vieja utopía agiornada de la ecuación que unía más educación, más empleo productivo, más movilidad social y más integración?

En parte sí, y en parte algo más. Desde UNESCO y CEPAL se lanzó hace cuatro años la proclama del acceso a los *códigos de modernidad* como una nueva utopía educativa que concilia la integración simbólica con la integración material². Democratizar el acceso al conocimiento es el nuevo paradigma, o más

²CEPAL-UNESCO han definido los códigos de la modernidad como "el conjunto de conocimientos y destrezas necesarios para participar en la vida pública y desenvolverse productivamente en la sociedad moderna." Tales capacidades, agrega el texto, "suelen

bien el dispositivo principal para viabilizar el nuevo paradigma de un desarrollo más sostenido y justo. Por vía de recursos humanos a futuro pasaríamos de la competitividad espuria (basada en bajos salarios, baja calificación, rentismos diversos) a la competitividad auténtica (basada en salarios crecientes y creciente calificación de la población activa).

Se arguye allí que la promoción estratégica de la educación y el conocimiento no es sólo un requerimiento instrumental para el desarrollo y para la integración material. También supone y promueve cambios culturales. Constituye, además de la bisagra entre integración simbólica y material, la bisagra entre desarrollo de la subjetividad y racionalización modernizadora. Plasma hoy, en la perspectiva de una modernización integradora, los siguientes imperativos: i) democratizar el acceso a los códigos de la modernidad, ii) democratizar el acceso a una oferta de formación de recursos humanos que se traduce en elevar, difundir y actualizar los usos de la educación y del conocimiento, iii) difundir de manera más equitativa la incorporación del progreso técnico y del valor intelectual a las actividades productivas.

Si nos atenemos al decálogo en boga, la centralidad progresiva del conocimiento y la educación para el desarrollo inciden significativamente en la dinámica de un orden democrático, pues la base material y simbólica de las democracias ya no descansa exclusivamente en un tipo de economía o de institucionalidad política, sino también en el uso ampliado del conocimiento, la información y la comunicación. En este marco, la difusión de códigos de modernidad permiten mayor capacidad de adaptación a nuevos escenarios productivos, mayor participación del intercambio comunicativo de la sociedad y un acceso más igualitario a la vida pública.

Para esto se precisarían activos que las personas tendrán que adquirir mediante distintas fuentes de producción/difusión de conocimientos. Combinaciones variables entre la educación formal y la industria cultural deberán constituir la oferta para difundir progresivamente las siguientes destrezas o *códigos de modernidad*: capacidad para expresar sus demandas y opiniones en medios de comunicación y aprovechar la creciente flexibilidad de los mismos; capacidad para manejar los códigos y las destrezas cognoscitivas

definirse como las requeridas para el manejo de las operaciones aritméticas básicas; la lectura y comprensión de un texto escrito; la comunicación escrita; la observación, descripción y análisis crítico del entorno; la recepción e interpretación de los mensajes de los medios de comunicación modernos; y la participación en el diseño y la ejecución de trabajos en grupo." (CEPAL, 1995, 157). Cabe agregar aquí destrezas emergentes como uso de computadoras, manejo de redes a distancia, capacidad de adaptación a nuevas formas de organización, capacidad de gestión, etc.

requeridos para adquirir información estratégica; y capacidad organizativa y de gestión para adaptarse a situaciones de creciente flexibilización en el trabajo y en la vida cotidiana.

Junto a la demanda de vivienda, de atención en salud y de diversificación del consumo, se agrega con especial fuerza la demanda de información, de conocimientos útiles, de transparencia en las decisiones, de mejor comunicación en la empresa y en la sociedad y de mecanismos de representatividad política y de visibilidad pública. Este acceso mayor a los bienes simbólicos se vería estimulado tanto por los procesos de democratización, que abren canales de participación pública, como por el impacto cada vez más profundo de la industria cultural, que integra a la sociedad por el lado del consumo simbólico.

¿Nueva utopía de síntesis en la modernidad, pero más abierta e indeterminada que las precedentes? Lo cierto es que en este supuesto consenso de acceso al conocimiento estratégico, los requerimientos instrumentales de la modernización productiva van de la mano con los otros, más complejos, de la ciudadanía moderna. Pero una vez más, ojo con apostar tanto a un proceso cuya calidad y logro depende de tantas variables, como es la educación y el acceso al conocimiento. Se requiere mucha concertación, movilización social, recursos y voluntad política para estar a la altura de la apuesta. Por ahora tanto la calidad de la educación como el acceso al conocimiento estratégico siguen siendo fenómenos altamente segmentados, que incluso reproducen y agudizan las distancias sociales.

A MODO DE CIERRE

Las disgresiones anteriores pueden unirse por aquello que Alain Touraine señala como gran problema y desafío de la modernidad hoy, a saber, la tensión entre subjetividad y racionalización. Esta tensión tiene muchas facetas. En la política, tensión entre el respeto a la diferencia y la agregación de intereses y reivindicaciones: aparece con mayor fuerza el desafío de conjugar el sistema de representatividad (racionalizador) con la lógica de movimientos sociales (de auto-afirmación, expresivos, identitarios, culturalistas, etc.). En la economía, la tensión entre una racionalización competitiva cada vez mayor y la necesidad de una solidaridad extendida que contrapese los efectos concentradores de la apertura externa y del mercado. En la organización de la vida personal, la paradoja entre un disciplinamiento productivo creciente y la búsqueda, también creciente, de espacios de autonomía y autorrealización personal. En el acceso al conocimiento, la tensión entre la selectividad funcional y la aspiración a la creatividad. En el intercambio mass-mediático, cada vez mayor diferenciación de oferta, pero también, cada vez más "obesidad" por sobreabastecimiento de

mensajes. Todo se expresa con la marca de la doble cara. La modernidad, más que nunca, pide conjugar los deseos subjetivos y los imperativos de la racionalización.

Tenemos pues, junto a la crisis de modelos de hacer política, de planificar el desarrollo, de armonizar intereses y de imprimir racionalidades colectivas, la búsqueda por compatibilizar lo que parece tan difícil: subjetividad con racionalización, política con cultura, poder con consenso, productividad con equidad, integración simbólica con integración material. Plantearse paradigmas en este campo hoy me resulta difícil. Hay estrategias, opciones, criterios. Transformación productiva con equidad (versión CEPAL), democracia política con auto-afirmación cultural (versión CLACSO), racionalidad productiva con racionalidad comunicativa (versión Habermas), potenciamiento de los actores sociales con proyectos de desarrollo económico (versión Touraine), desarrollo con calidad de vida (versión verde). Más que paradigmas, ponderaciones *ad hoc*. Regulación y desregulación no pueden aplicarse a destajo (crisis actual o eventual del modelo fundamentalista de mercado), sino equilibrando todas estas tensiones. El único paradigma es este carácter móvil del paradigma, este estado de flotación y maleabilidad.

¿Qué hacer para evitar tanto la complacencia como el fatalismo? Habría que poblarlo con la memoria histórica que enseña a leer entre líneas los eufemismos de la euforia mercantil, y con los imperativos de la ética social y la ética pública, que se hacen tanto más necesarios cuanto más se violen. Más no tenemos. Pero menos tampoco.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CEPAL (1995), *Panorama Social de América Latina*, Ediciones de las Naciones Unidas, Santiago de Chile.

—(1995), *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad*, Ediciones de las Naciones Unidas, Santiago de Chile.